

CAPÍTULO QUINTO

COMENTARIO DE CANTAR DE LOS CANTARES

Orígenes, uno de los Padres de la Iglesia, fue el primer gran intérprete de “El Cantar de los Cantares”. Era griego; nació en Alejandría, al norte de Egipto, en el año 185 y murió el año 253 a.C. en la ciudad de Tiro. Está considerado como el fundador de la *interpretación alegórica* de esta universal y excepcional obra de Salomón. Escribió un comentario denominado “*El Epitalamio*”, que es un cántico de bodas sobre la base textual del *Cantar de los Cantares*.

Lo que hace Orígenes es realizar una *exégesis y hermenéutica* triple del Cantar de los Cantares. En primer lugar hace una interpretación casi *literal e histórica* del libro. Después, realiza una hermenéutica, *alegórica o figurada*, en cuanto entendía que el libro de “Cantares” hablaba de la relación de la Iglesia con Cristo. Y, finalmente, nos presenta una *interpretación mística o psicológica*, referida a la relación del alma con Cristo. A esta última están referidas las interpretaciones de Fray Luis de León, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz... y todos los místicos españoles, mexicanos y alemanes. Todos estos autores apuntan a que en el Cantar de los Cantares no se habla sólo de la relación *iglesia/Cristo*, sino también del diálogo místico entre el *alma y Dios*.

Pero, ¿qué significa *lo místico* para Orígenes? Místico es un término griego que significa “*lo concerniente o relativo a los misterios, a los secretos*”; pero el sentido que le da Orígenes a lo místico habla de *las realidades secretas e inefables referidas a Dios*. Orígenes pensaba –yo no lo comparto– que la obra de “Cantares” sólo podía

ser entendida por algunas personas. A mi entender, no existen partes de la Biblia selectivas que sólo puedan comprender algunas personas; la comprensión de la Revelación de Dios no es elitista y aristocrática. Cuando se predica la Palabra de Dios, es difícil hablar para un grupo muy heterogéneo y conseguir que todos lo entiendan. Sin embargo, resulta sorprendente comprobar que, en ocasiones, temas complicados y enjundiosos son captados y entendidos por aquellas personas que nos parecían *los menos preparados*; quizás a base de repetir el análisis y los conceptos –yo utilizo muchas veces este método pedagógico que aprendí del apóstol Pablo– los oyentes pueden terminar entendiendo lo que en principio les resulta ajeno a sus posibilidades.

Orígenes pensaba que el Cantar de los Cantares hablaba de *las realidades más profundas de Dios, del misterio escondido en la interioridad del Ser Trascendente*. Hacía estas afirmaciones sobre la base de *Realidades Reveladas en el Nuevo Testamento*. En el libro de la primera epístola a los Corintios y en su capítulo segundo, se habla del desarrollo de la personalidad del creyente y de los niveles de conocimiento de la *Revelación bíblica*, estructurados escalonadamente; pero al mismo tiempo, podemos tomar conciencia que este conocimiento de lo místico es posible para cualquier creyente:

1ª Corintios 2:4-5

“Ni mi palabra, ni mi predicación fueron palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres sino en el poder de Dios”

Y lo que más nos interesa está en 1ª Corintios 2:6-10.

“Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo que perecen, más hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó desde antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de la Gloria. Antes bien, como está escrito: cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido, en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las re-

veló a nosotros por el Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña (o sondea), aún lo profundo de Dios”

Lo místico es lo profundo de Dios; no lo confundamos con una espiritualización errónea de una realidad vivenciada.

Continuemos con 1^a Corintios 2:11-12

“Por qué ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido”. Es decir, que lo místico, en el sentido en que lo estamos analizando, es un concepto auténticamente bíblico. Pero el autor de 1^a de Corintios no espiritualizaba estas realidades profundas y trascendentes. Así, pues, es evidente que *lo místico* es el conocimiento más profundo de Dios. Y en ningún lugar de la Biblia se dice que solo algunos creyentes pueden tener acceso a este conocimiento. Este conocimiento es posible para todos, otra cosa es que no todos los creyentes se desarrollen espiritualmente de manera adecuada. Sino crecen es porque no se ejercitan para ello. Recordemos 1^a Corintios 1:6:

“Sin embargo hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez” Para madurez se emplea un término en el original griego que significa: *personas de edad madura, personas competentes*, término que en otras partes del Nuevo Testamento se traduce por *los perfectos*. Escribiendo a los Filipenses el apóstol Pablo, dice: *“pero todos los que somos perfectos, eso mismo sintamos”* El escritor quiere decir: todos los que somos de edad madura, competentes, y eso implica que hemos experimentado un desarrollo de nuestra personalidad a nivel anímico, ético y pneumático. Por consiguiente, podemos afirmar que existe la posibilidad de adquirir un conocimiento más profundo de la *misma interioridad de Dios*. Esa posibilidad la da el Espíritu Santo que habita en *la esfera de la intimidad* del creyente, aunque no todos desarrollan su crecimiento espiritual adecuadamente. Para crecer en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, lo primero que hay que hacer es alimentarse:

“Porque debiendo ser ya maestros después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuales son los primeros rudimentos de las palabras de Dios” (Hebreos 5:12). El término *primeros* es el mismo vocablo en griego que el que encontramos en el Evangelio de Juan, “*en el principio*” (Juan 1:1), y se refiere a lo ontológico, a lo básico, a lo fundamental. Y continua el texto: “*y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche y no de alimento sólido, y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia*”. Pero para que todos podamos participar del alimento sólido, es necesario ir modificando la dieta alimenticia de manera lenta y progresiva, de tal forma que el organismo la pueda recibir para ir creciendo en homeostático equilibrio. La comparación se toma de la alimentación de un niño recién nacido. Si a un bebé se le da alimento sólido se le puede producir diversos trastornos, incluso la muerte. La alimentación debe modificarse de manera progresiva y adecuada a la edad del niño para que su desarrollo psico-somático se efectúe sinérgicamente. La alimentación deficiente produce enfermedades, tales como el raquitismo, que fija las deficiencias del desarrollo del cuerpo y de la mente para toda la vida: “*y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño, pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal*”. Los hombres y mujeres de edad madura a los que se refiere Pablo no son unos cuantos privilegiados, sino que se refiere a cualquier creyente que tenga *los sentidos ejercitados*. Si no se ejercita el oído no se puede oír bien, si no se ejercita el ojo, no se puede ver bien....

“*Sentidos ejercitados*”, estos términos se traducirían literalmente del griego por “*medios de percepción*”. Precisamente Orígenes en su comentario al libro de Cantares resalta claramente el ejercicio de los sentidos. Imaginémonos que *la esposa*, que puede representar alegóricamente a *la Iglesia*, o en un sentido místico al *alma*, es una persona (*colectiva o individual*) a la que le funcionan perfectamente los órganos de los sentidos: el oído, la vista, el olfato, el gusto y el tacto. El *esposo*, que representaría a *Dios o a Cristo*, su funcionamiento organoléptico es perfecto. Si no ejercitamos los órganos de percepción no vamos a crecer en el desarrollo de nues-

tra personalidad: *“ocupaos de vuestra salvación (gr -desarrollad o trabajad- Filipenses 12b) con temor y temblor”*. Cada creyente está llamado a crecer en su relación con Dios independientemente de los dones que el Señor le haya concedido, y ese crecimiento repercute en su beneficio y en el de sus hermanos en la fe, dado que forma parte de *un mismo cuerpo que es la Iglesia*. En la medida que cada miembro de la Iglesia crece, ésta crece. Cuando no ejercitamos nuestros sentidos y nos encontramos con el alimento sólido de la Palabra de Dios, no podemos digerirlo, y para suplir nuestras necesidades vamos en busca del alimento elemental (*la leche*) para seguir siendo niños, infantilizando nuestro devenir existencial como creyentes y permaneciendo en un estado de inmadurez anímica y espiritual, hasta terminar el recorrido de nuestro devenir biológico-existencial.

Volvamos a la primera cuestión que se plantea en la primera carta a los Corintios: *¿Cómo se consigue el desarrollo espiritual para llegar a ese conocimiento místico que nos conduce a la posibilidad de explorar lo más profundo de Dios? ¿De dónde nace tal conocimiento siendo que el Espíritu Santo mora en la esfera de la intimidad del creyente?* La fuente de semejante sabiduría no está fuera de nosotros, sino dentro de nuestro corazón, como decía San Juan de la Cruz: *“Dios está escondido en el alma”*. En el capítulo segundo de 1ª Corintios dice en el verso nueve: *“Cosa que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”*. Es decir, existe **un conocimiento oculto en la profundidad del ser que ha recibido la gracia salvífica de Dios: tesoros ocultos en los recovecos más inextricables de nuestra esfera anímico-espiritual, como diría G. A. Bécquer**. Esta es una realidad universal que se da en todos los seres humanos; es también lo que describió el gran psiquiatra Viktor Frankl como *“la presencia ignorada de Dios”* y que yo defino como *“la represión de la Imago Dei”*. Salomón nos habla de la realidad trascendente que reside reprimida en el estrato más profundo del corazón humano: *“Dios todo lo hizo hermoso en su tiempo (Heb-eth-tiempo cronológico); y ha puesto eternidad (Heb-el deseo vehemente por la eternidad o por la vivencia del tiempo indefinido) en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin”*. En el

estrato más profundo del **inconsciente colectivo** de los seres humanos existe el deseo vehemente de **eternizarse** sin que el hombre tenga consciencia de la fuente de donde mana ese deseo. Quizá estas realidades teológicas nos ayuden a entender el profundísimo texto de Proverbios: **“sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él mana la vida”**. Una traducción más literal del texto hebreo, versa así: *“Mas que toda cosa guardada, guarda tu mismo corazón; porque manan de él, las salidas/corrientes de la vida”* (V. M.). Esta realidad trascendente y transformadora de los contenidos de la conciencia fue explicitada por Jesús de Nazaret, cuando dirigiéndose a un auditorio religioso (pero vacío de la experiencia soteriológica y salvífica) afirmó: *“Si alguno tiene sed, venga a mi y beba. El que cree en mi, como dice la Escritura, de su interior correrán/fluirán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él”* (Juan 7:38-39a). En mi opinión, **la conversión de una persona consiste en hacer consciente lo inconsciente**. Cuando la Palabra de Dios, impulsada por el Espíritu Santo, alcanza los niveles más profundos de la esfera de nuestra intimidad, se abre la puerta que separa lo consciente (**el Yo**) de lo inconsciente (**el Ello o ID**), y los **contenidos inconscientes (entre ellos la Imagen de Dios reprimida) ascienden al campo de nuestra conciencia inundándola de trascendencia metafísica y satisfaciendo el deseo vehemente de eternidad que se demanda desde los estratos más profundos de nuestro ser**.

Teresa de Jesús describe sus experiencias místicas declarándonos sus vivencias espirituales más profundas y trascendentes: *“cuenta que cuando leía el Cantar de los Cantares percibía unas sensaciones que no sentía al meditar en otras partes de la palabra de Dios”*. No hablamos de experiencias extrañas, sino de aquellas que resultan realizadoras y trascendentes para el espíritu. ¿Por qué? Porque Cantar de los Cantares, en su esencia más prístina, solo puede ser percibido por cristianos espirituales; es decir: *hombres y mujeres competentes o de edad madura*.

Los que no han crecido, verán en este libro un tratado de erotismo, y cometerán errores en su exégesis y en su hermenéutica. Para que las imágenes eidéticas que yacen reprimidas en el fondo del ser (**inconsciente individual o colectivo**) asciendan

a niveles conscientes, es necesario que ocurra un movimiento del Espíritu que rompa la represión a que están sometidas. Recordamos un texto definitivo citado en este capítulo:

“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó

Ni ha subido en corazón de hombre

Son las que Dios ha preparado para los que le aman”

El término **subir**, expresa un conocimiento que asciende desde lo más profundo de la esfera de la intimidad, a niveles **Yoícos** (a la conciencia). Este término (*subir*) tiene el significado de *subir a una nave, subir a una tribuna*, y también se emplea para expresar *el crecimiento de una planta o de las aguas de un río*. El crecimiento de las aguas de un río conlleva el simbolismo metafórico de **como sube a la superficie lo que está en la profundidad**. Bella imagen para expresar lo que ocurre en la esfera de nuestra intimidad al producirse **la conversión**: lo profundo, lo inaccesible –por la acción liberadora del Espíritu y de la Palabra– asciende a los estratos más conscientes de la tectónica de nuestra personalidad. Así adquirimos una conciencia pleromática de la Divinidad. El apóstol Pablo dijo en su discurso en el Areópago de Atenas: **“Porque Dios no está lejos de cada uno de nosotros, porque en él vivimos, y nos movemos y somos”**.